

HUMANITAS

Revista de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Tucumán

Rector

Ing. José García

Vicerrector

Ing. Sergio Pagani

Facultad de Filosofía y Letras

Decana

Dra. Mercedes del Valle Leal

Vice Decano

Mg. Santiago Rex Bliss

Secretario Académico

Prof. Sergio Oscar Robin

Departamento de Publicaciones

Directora

Dra. Elena Acevedo de Bomba

Secretaria de Selección

Dra. Liliana Massara

Integrantes del Consejo de Redacción

Dra. Norma Carolina Abdala

Prof. Margarita Arana

Lic. María Eugenia Bestani

Mg. Ana María Blunda Grubert

Dra. Sandra del Valle Faedda

Prof. María del Huerto Ragonesi

Dra. Ana Isabel Rivas

Prof. Fabián M. Silva Molina

Lic. Noemí Liliana Soraire

Lic. Fabián Vera del Barco

ISSN 0441-4217



HUMANITAS

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

AÑO XXIX - Número 37 - 2018

Edición Homenaje

80 años de la
Facultad de Filosofía y Letras de la UNT



30 años del Departamento de Publicaciones

UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMÁN

© 2018

Humanitas 37 - Revista de la Facultad de Filosofía y Letras - UNT
Av. Benjamín Aráoz 800 - San Miguel de Tucumán <www.filo.unt.edu.ar>

ISSN 0441-4217

ISBN 978-987-754-166-3

Diseño de tapa: Belén Bestani

Impreso en Argentina

Humanitas 37: 80 años de la Facultad de Filosofía y Letras. 30 años del Departamento de Publicaciones / Mercedes del Valle Leal ... [et al.] - 1ª ed. - San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán. Facultad de Filosofía y Letras, 2018
248 p.; 23 x 17 cm.

ISBN 978-987-754-166-3

1. Ensayo Filosófico. 2. Ensayo Histórico. 3. Ensayo Literario. I. Leal, Mercedes
CDD 190

Índice

MERCEDES DEL VALLE LEAL	
Presentación	7
ELENA VICTORIA ACEVEDO DE BOMBA	
Palabras preliminares	11
LUIS MARCELO MARTINO	
<i>Humanitas</i> . Historia de una revista	15
OLGA EUGENIA FLORES DE MOLINILLO	
La noche de Borges	19
ENSAYOS	
JOSÉ CANAL-FEIJÓO	
En torno a la composición de lugar	27
NICOLÁS ZAVADIVKER	
Samuel Schkolnik, el profesor filósofo	53
AGUSTÍN MARÍA WILDE	
Del atavismo español al porvenir argentino: el aporte echeverriano a la organización constitucional	63
HUGO JOSÉ FRANCISCO VELÁZQUEZ	
La Revolución de Mayo: ¿una verdadera revolución?	75
ALEJANDRO LLANES NAVARRO	
La Ciudad Universitaria de Tucumán. Herencia cultural y bien patrimonial	105
PAULA JIMENA SOSA	
La editorial «Yerba Buena»: una aproximación a su producción filosófica	123
CARLOS ENRIQUE CASTILLA	
Entre sutiles soplos y fuertes vientos: las <i>cantigas de escarnio e</i> <i>maldizer</i> gallego-portuguesas, una poética escatológica	141

MARÍA SOLEDAD ALE

La concepción agustiniana de mundo en *Confesiones VII* 161

ENTREVISTAS

MÁXIMO HERNÁN MENA

«El presente es fugaz, viene de lo que fue y deja de ser hacia lo que vamos». Entrevista a Roberto Pucci 179

SOLEDAD MARTÍNEZ ZUCCARDI

Testimonios de Julio Ardiles Gray, un «merodeador» de la Facultad de Filosofía y Letras a comienzos de los '40 191

MARÍA DEL HUERTO RAGONESI

La Facultad de Filosofía y Letras en la experiencia de sus protagonistas. Formación de un pensamiento crítico y transformador, la participación como camino. Entrevista a Josefina Racedo 207

CREACIÓN LITERARIA

RAÚL NADER

Aspectos de lo humano 219

CLAUDIA SUSANA MARÍA LIUZI

Poemas 225

RAQUEL GUZMÁN

Nunca se debe salir sobre la hora..... 227

RESEÑAS

MARÍA EUGENIA BESTANI [Reseña de libro]

Epifanías y «Retrato del artista adolescente», de James Joyce 235

MARÍA EUGENIA BESTANI [Reseña de libro]

Poesía, de James Joyce 237

VALERIA MOZZONI [Reseña de libro]

Poemas del maravilloso ritual, de Silvia Camuña 239

JULIO C. SAL PAZ, LUCÍA VIDAL [Reseña de libro]

Narrar la Argentina. Centenario, Región e Identidad, de Liliana Massara (comp.) 241



Testimonios de Julio Ardiles Gray, un «merodeador» de la Facultad de Filosofía y Letras a comienzos de los '40

SOLEDAD MARTÍNEZ ZUCCARDI*

Universidad Nacional de Tucumán-CONICET

En los inicios de la Facultad de Filosofía y Letras había, según recuerda Julio Ardiles Gray, tres categorías de alumnos: los regulares, los libres y los «merodeadores».¹ Él mismo se incluye en esta última categoría, ya que solamente asistía a aquellas clases cuyos temas y profesores concitaban su interés (2004: 18). Si bien no alcanzó a cursar con regularidad ninguna carrera, su breve paso por la institución fue decisivo en su formación como escritor. «Descubrí mi vocación literaria cuando descubrí la existencia de la Facultad de Filosofía y Letras», afirma (18).

En marzo y en agosto de 2008, un año antes de su muerte, pude sostener con él, en su casa en Buenos Aires, dos largas conversaciones que giraron en torno a los comienzos de su trayectoria periodística y literaria.² Con generosidad y alegría me brindó

* Soledad Martínez Zuccardi es Profesora, Licenciada y Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Tucumán, donde se desempeña como docente en la cátedra de Literatura Argentina II. Es investigadora del CONICET y autora de los libros *Entre la provincia y el continente. Modernismo y modernización en la Revista de Letras y Ciencias Sociales (Tucumán, 1904-1907)* (IIELA, UNT, 2005) y *En busca de un campo cultural propio. Literatura, vida intelectual y revistas culturales en Tucumán (1904-1944)* (Corregidor, 2012). Ha editado además *Cartas a Nicandro. 1943-1948* (EDUNSE, 2015), libro que estudia un epistolario inédito de la poeta María Adela Agudo, y ha difundido numerosos artículos sobre literatura y cultura de Tucumán y del NOA, y sobre poesía de autores argentinos. Actualmente estudia el proceso de construcción de lo que puede denominarse una «poesía de Tucumán», a partir de un conjunto de antologías y compilaciones poéticas surgidas en la provincia entre el Centenario de la Independencia Nacional y la década de 1960.

¹ Dice Ardiles Gray que luego del golpe de estado de 1943 se agregaría otra categoría: la de «oyentes», policías vestidos de civil que concurrían a las clases para observar si los docentes cometían el menor acto de subversión (2004: 18).

² Con el tiempo, el autor desarrollaría una vasta labor en el ámbito de la escritura literaria (sobre todo de la novela) y en el del periodismo: primero en *La Gaceta* de Tucumán, donde contribuye a la renovación de la crítica

entonces sus evocaciones al respecto, que reproduzco aquí.³ En ellas, los derroteros propios se cruzan con los colectivos tejiendo un entramado que puede leerse, entiendo, como un relato de la vida intelectual y literaria en Tucumán durante el primer lustro de la década de 1940, con sus escenarios, figuras y grupos, con las ideas y los anhelos comunes. Escenarios como los diarios: primero *La Flecha*, fugaz y precario, luego *La Unión*, diario de corte reformista y democrático dirigido por Julio Prebisch, y finalmente *La Gaceta*, donde Ardiles Gray trabaja casi dos décadas, hasta que se traslada a Buenos Aires.⁴ Y el fundamental escenario de la Facultad de Filosofía y Letras, vivido como un ámbito de descubrimientos y deslumbramientos, que promueve la seriedad del trabajo literario y contribuye a la consolidación de un nuevo tipo de escritor en Tucumán, aquel que lee mucho, que reflexiona sobre su tarea y se consagra al oficio con conciencia y profunda entrega.

La Carpa cobra un innegable protagonismo en el relato del autor. Es posible pensar que las renovaciones y exigencias introducidas en el ambiente por la nueva Facultad es uno de los factores que, entre otros, propicia la constitución de ese grupo de escritores y artistas del Noroeste argentino que tuvo su sede en Tucumán, donde varios de sus integrantes convergían en las clases de la Facultad (Martínez Zuccardi, 2012: 299-300).

de espectáculos en la provincia, a partir de la elaboración de comentarios cinematográficos serios, comprometidos con lo ético y lo estético e independientes de la taquilla (Cohen de Chervonagura, 1997: 181-182) y luego, ya en Buenos Aires, en el semanario *Primera plana*, en la revista *Periscopio* y en el diario *Convicción*. En Tucumán se desempeña además como docente (es uno de los fundadores del Instituto Tucumán, probablemente el primer colegio privado laico de la provincia) y ejerce cargos públicos vinculados con la cultura. Es el responsable de la creación, en 1959, durante el gobierno de Celestino Gelsi, del Consejo Provincial de Difusión Cultural, organismo proyectado como una entidad independiente con partida presupuestaria propia, que logra llevar a cabo una extensa acción cultural. Entre los libros de Ardiles Gray pueden mencionarse los siguientes: los poemarios *Tiempo deseado* (1944) y *Cánticos terrenales* (1951), las novelas *La grieta* (1952), *Elegía* (1952), *Los amigos lejanos* (1956), *Los médanos ciegos* (1957), *El inocente* (1964), *Las puertas del paraíso* (1968) y *Como una sombra cada tarde* (1978), los relatos *Cuentos amables, nobles y memorables* (1964), *Historia de taximetreros* (1978), *La noche de cristal* (1990), *El casamentero y otros cuentos* (1997), las obras dramáticas *Égloga, farsa y misterio* (1964), *Fantasmas y pesadillas* (1983), *Situaciones y personajes* (1989) y *Delirios y quimeras* (1993); además de los volúmenes documentales *Memorial de los infiernos* (1976) e *Historias de artistas contadas por ellos mismos* (1979).

³ En esta ocasión doy a conocer por primera vez los resultados de estas dos entrevistas casi en su totalidad. Con anterioridad he difundido ciertos fragmentos en una nota en homenaje a Ardiles Gray publicada en la sección literaria de *La Gaceta* (Martínez Zuccardi, 2009) y en un libro de mi autoría que dedica un extenso capítulo al grupo La Carpa (Martínez Zuccardi, 2012). He unido aquí ambas entrevistas, de las que transcribo solo las extensas respuestas de Ardiles Gray, suprimiendo mis propias preguntas y comentarios, que de alguna manera quedan sintetizados en los subtítulos con los que he delimitado los distintos temas sobre los que habla el autor.

⁴ Sobre el significativo aunque un poco olvidado diario *La Unión*, puede consultarse el trabajo de Gabriela Stefani (2013).

Convertida con el tiempo en un hito en la historia de la literatura norteña, La Carpa irrumpió ruidosamente en la vida literaria local hacia 1944 tirando piedras contra las generaciones anteriores y declarando que en el Norte la poesía comenzaba con ellos. Durante ese año, el grupo publicó cuatro cuadernos que incluían boletines noticiosos donde se difundían las actividades de sus integrantes. El primero de esos cuadernos fue precisamente el primer libro de Ardiles Gray, *Tiempo deseado*. El tercer cuaderno, la denominada *Muestra colectiva de poemas*, dio a conocer textos de los autores acaso más significativos de La Carpa: Raúl Galán, Julio Ardiles Gray, María Adela Agudo, Raúl Aráoz Anzoátegui, Manuel J. Castilla, Sara San Martín, Nicandro Pereyra, María Elvira Juárez y José Fernández Molina. La *Muestra* estaba precedida por un prólogo (considerado el manifiesto de La Carpa), que afirmaba, de modo pionero, la existencia de una identidad literaria regional. Los avatares de la realización de esas publicaciones son largamente evocados por Ardiles Gray en las páginas que siguen.

También cobra protagonismo en el relato la figura del escritor jujeño Raúl Galán, artífice de La Carpa, y quien adquiere a los ojos de Ardiles Gray la dimensión de un admirado hermano mayor, proveedor permanente de conocimientos y lecturas. Hay también alusiones a otros escritores que no formaron parte de La Carpa, como Tomás Eloy Martínez (entonces adolescente), Guillermo Orce Remis, Leda Valladares, Gustavo Bravo Figueroa. Y pueden encontrarse además comentarios sobre otros proyectos, algunos truncados, como el de un suplemento literario en *La Gaceta* (previo al creado en 1949 por Daniel Alberto Desein que continúa hasta hoy), y otros de mayor perdurabilidad en la historia intelectual y literaria de la provincia, como la revista *Sustancia* (1939-1943) de Alfredo Coviello, cuyas páginas alcanzan renombre internacional a partir de la traducción de un texto inédito de Heidegger y de la publicación de un homenaje a Bergson que incluía la más completa bibliografía bergsoniana difundida hasta el momento. O como la revista *Cántico* (1940), que si bien solo llega a publicar tres números, cobra significación como una de las primeras revistas tucumanas dedicada exclusivamente a la joven poesía de provincias. La dirigía Marcos A. Morínigo, entonces profesor de la Facultad de Filosofía y Letras.⁵

Ardiles Gray distingue la posición propia y la de sus compañeros respecto de estas revistas, que vincula con generaciones anteriores y en las que advierte cierto academismo. Destaca, en cambio, la actitud vanguardista y el afán renovador de La Carpa, su

⁵ Hay referencias a ese proyecto truncado de suplemento literario en el libro de Ana María Risco sobre la página literaria de *La Gaceta* (Risco, 2009: 246-247). Sobre las revistas *Cántico* y *Sustancia* pueden consultarse los capítulos que a cada una de ellas dedico en el mencionado libro de mi autoría (Martínez Zuccardi, 2012, capítulos II y III respectivamente).

juventud y su «insolencia». En efecto, un aspecto que caracterizó la actividad del grupo durante 1944 (esto es, en la época en que sus integrantes se abocan a las publicaciones colectivas)⁶ es su independencia respecto del marco hasta entonces instituido de la vida cultural local. Y es que a diferencia de muchas empresas culturales anteriores, La Carpa no se apoya en plataformas institucionales ni oficiales, ni cuenta con otra fuente de legitimación más que el contenido de sus cuadernos y boletines. En otras palabras, el capital específico del grupo es su propio discurso (Martínez Zuccardi, 2012: 437).

Por último, resta advertir –antes de dar lugar a las palabras de Ardiles Gray– que este relato que sus recuerdos van tejiendo está atravesado por un contexto internacional signado por la guerra y los regímenes fascistas, y un contexto local también, por momentos, oscuro, como la etapa correspondiente a la intervención de Tucumán a cargo de Alberto Baldrich, simpatizante del Eje, de quien se dice que puso la bandera a media asta en señal de duelo cuando la Argentina se pronunció a favor de los aliados en la segunda guerra mundial (Massuh, 2004: 11). Tanto Ardiles Gray como sus compañeros de La Carpa estaban muy comprometidos en la lucha contra el nazismo y, en ese contexto, veían como una amenaza al peronismo entonces en ciernes, que asociaban con el militarismo y con el Eje, es decir, con una posición radicalmente opuesta al «soñar para este mundo un orden sin barrotes, ni hambre, ni sangre derramada» declarado en el manifiesto del grupo. Sin embargo, no se trata de una postura antiperonista asumida sin conflictos ni contradicciones. Por el contrario, muchos integrantes de la asociación parecen haber vivido como un verdadero drama la generalizada aceptación que entre los trabajadores iba ganando el peronismo, porque, como afirma el mismo Ardiles Gray (1985) en otra ocasión, «nosotros siempre habíamos estado del lado de los trabajadores».⁷

⁶ En el curso de 1944 La Carpa publica en Tucumán cuatro cuadernos, con sus correspondientes boletines, que estaban numerados de modo consecutivo. Dichos cuadernos son: *Tiempo deseado*, poemario de Julio Ardiles Gray, *Horacio Ponce*, cuentos de Juan H. Figueroa, la antes mencionada *Muestra colectiva de poemas* y, por último, *La reforma religiosa y la formación de la Argentina moderna*, ensayo de Lázaro Barbieri. Se trata de volúmenes proyectados, realizados y financiados de modo colectivo por los integrantes del grupo. Por ello deben distinguirse de los libros que aparecen luego, desde 1945 y hasta 1952, en distintos puntos del país, con el sello de La Carpa, y que no son fruto ya de la labor conjunta ni contienen boletines noticiosos. Estos libros son: *Tierras altas* de Aráoz Anzoátegui (Buenos Aires, 1945), *La niebla y el árbol* de Castilla (Salta, 1946), *Esther judía y Canciones a Taluj* (Buenos Aires, 1948), *Primera zafra* (Buenos Aires, 1949) y *Coplas del cañaveral* (Buenos Aires, 1952) de Pereyra, *Se me ha perdido una niña* (Tucumán, 1951) y *Carne de tierra* (Tucumán, 1952) de Galán, *Cánticos terrenales* (Tucumán, 1951) y *La grieta* (Tucumán, 1952) de Ardiles Gray, y *Habitante de mí mismo* (Córdoba, 1952) de Julio Ovejero Paz. Se trata en su mayoría, de libros de poesía, con la excepción de *Primera zafra*, que recoge relatos, y de la novela *La grieta*.

⁷ Cito aquí con mayor extensión las manifestaciones de Ardiles Gray en cuanto a los alcances de su oposición al peronismo: «Nosotros los estudiantes estábamos muy entusiasmados con la II Guerra Mundial y la lucha contra el nazismo. Encontrábamos que el peronismo venía envuelto con el nazismo: que tenía una fuerte impronta

De Monteros a la ciudad de Tucumán: abogacía y el diario *La Flecha*

Yo venía de Monteros porque mi padre había muerto en San Juan en el año 40 y volvimos a Monteros, pero yo quería estudiar abogacía y me trasladé a Tucumán para estudiar en la Facultad de Derecho. Y como éramos pobres, mi madre con mi hermano se quedaron en Monteros y yo me vine a Tucumán a trabajar y a estudiar. Y entre las cosas, pichicaba [sic] un poco de reemplazos de maestros, pero entonces entré también a trabajar a un diario que se llamaba La Flecha, que era lo más pobre que he visto en mi vida. Era terrible. Entré en el año 42 y estuve unos meses porque no pagaban. Yo siempre contaba en uno de mis cuentos con el nombre de «La saeta» cómo era ese diario. Era un diario que no tenía servicios internacionales. Había lo que llamábamos nosotros «Oreja Press». Había una radio Telefunken de ondas cortas y un taquígrafo tomaba notas de los noticieros de la BBC de Londres en castellano, Radio Moscú en castellano. La escribía a la noticia y la dejaba. Y a la mañana, a las 7 de la mañana, entrábamos nosotros y teníamos que hacer con eso la primera página. Por eso se llamaba «Oreja Press» porque el tipo tenía que escuchar la noticia. Y entonces teníamos libros de geografía, atlas, mapas y todo lo demás.

Era un diario escandaloso, del más puro y miserable periodismo amarillo. Por ejemplo, para sacar avisos salían dos tipos con una bocina que decían «Se ha descubierto que el almacén de Fulano de Tal tiene arroz con gorgojos». Entonces salía el tipo a hacer una suscripción de 10 pesos para que no hablen en el diario. Era chantajista. Entonces, cansado de no cobrar, porque nos daban recibos para ir a cobrar y después quedarnos con la plata. Pero eran recibos incobrables, entonces dije «no».

La Unión y el encuentro con Raúl Galán

Yo entré a trabajar en La Unión a fines del año 42 y ahí lo encontré a [Raúl] Galán que era editorialista. El director en esa época de La Unión era el Dr. Julio Prebisch y cuando vino el golpe de estado del 43, primero con [Pedro Pablo] Ramírez y después con [Edelmiro Julián] Farrell y empezó la gran carrera de Perón, a Tucumán mandaron al Sr. Baldrich que era partidario del Eje, de Hitler, de Mussolini y todo lo demás. Entonces escribió un editorial Galán que se llamaba «Democracia efectiva y solidaridad

totalitaria y pro-Eje, como ya se había visto aquí en Tucumán, en 1943-44, con la intervención Baldrich, francamente proalemana y antialiada. Nos espantaba la posibilidad de un fascismo criollo, de un corporativismo, a la mayoría (porque sólo una ínfima minoría estudiantil era germanófila). Nuestro drama era que, aunque siempre habíamos estado del lado de los trabajadores, ahora veíamos que al coro lo ponían los trabajadores, pero a la ideología la ponían los proalemanes» (Ardiles Gray, 1985).

americana», diciendo que debíamos estar con los aliados por lo cual el Sr. Baldrich lo cierra al diario, lo clausura y estuvimos como diez o quince días cerrados. Después lo volvió a abrir. Y ahí lo conocí a Galán yo.

[...] Entonces un amigo de mi mamá que era secretario de redacción [de La Unión], un Sr. Yapur, de Lules, porque mi mamá nació en Lules y después mi abuelo fue a Monteros. Ese Sr. Yapur me hizo instalar como aprendiz. Yo tenía que hacer ciertas tareas, ver cosas, no redactar, sino contar a un redactor que era él el que escribía la nota. Era lo que en esa época se llamaba un informante. Pero yo empecé a hacer mis croniquitas, mis cosas. Había una sección que se llamaba «Por la estaciones». Cuando llegaba el tren de las 12 de la noche íbamos a ver quién había venido de Buenos Aires, porque a veces venían diputados nacionales, senadores nacionales, comerciantes importantes. Entonces uno los entrevistaba ahí y traía las noticias al diario, porque El Panamericano llegaba a las 11, 12 de la noche, teníamos tiempo antes del cierre de contar. Se llamaba «Por las estaciones». Ese era mi primer trabajo. Y ahí lo conocí a Galán.

El descubrimiento de la vanguardia. Reuniones y lecturas en la casa de Galán

Pero en ese diario había una cantidad de gente que eran muy lectores de poesía, estaba Dante Crisorio, estaba Juan H. Figueroa, el de los cuentos Horacio Ponce. Entonces me empezaron a pasar toda una cantidad de material de poesía que yo ignoraba, porque a mi mamá le gustaba mucho la poesía pero todavía vivía con Espronceda, Núñez de Arce, cuando más eran Darío y Lugones, pero de la vanguardia no conocía nada. No sabía quién era Huidobro, Neruda.

[...] [Galán] era un gran lector. Todos leían mucho. Yo me acuerdo que Trilce lo leí porque él me lo prestó, en la edición primera de Trilce que era de Claridad. Entonces yo con ellos empecé a leer otra poesía. Otra poesía y me deslumbró. Me deslumbró Neruda, Huidobro y toda la nueva poesía. Y todos los grupos de los años '30 de Buenos Aires como Pondal Ríos, esa vanguardia de Martín Fierro, de Proa. Todos esos que venía en la edición Tor, unas ediciones de papel de diario, costaba 50 centavos, 1 peso, eran baratitos.

[...] [Galán] en esa época era socialista y había estado en Buenos Aires trabajando como periodista. Ya estaba casado, ya habían tenido los chicos. Él tenía tres varones y una nena. La niña nació en Tucumán. Y él le puso, por supuesto, Juana Inés. Por sor Juan Inés de la Cruz. Bueno, y ahí empezamos a cambiar: «yo también soy poeta», «yo también escribo versos» y todo lo demás. Yo me atrevía ya a cambiar mis versitos. Ahí

conocimos a García Lorca, a Alberti, a toda la generación del 26 [sic] de España. Entonces nos reuníamos después los sábados o los domingos que no trabajábamos en la casa de él. Porque entonces entrábamos a trabajar a las 6 de la tarde hasta la 1 de la mañana y entonces desde las 4 hasta las 6 nos íbamos a la casa de él. Y ahí empezamos a... Bueno, entonces Galán empezó a pensar en estudiar filosofía y letras por la calidad de los profesores que había.

[...] [Galán] primero trabajó en el diario El Orden, que era de los hermanos Rosenvald. Pero como también andaba mal y no pagaban, etc., cuando salió La Unión lo llamaron. Bueno, la amistad ahí... Bueno, nos reuníamos en la casa de él que era en Junín 20. Tenía una casa rarísima, porque era una casa que tenía un garaje, después una tapia, una puerta que se abría en la tapia, se pasaba a un patio, y recién estaban las piezas, al fondo estaban las piezas, salvo el living que quedaba cerca de la pared, de la tapia esa. Bueno, ahí nos reuníamos en ese living y empezaron a llegar entonces otros poetas.

«La Facultad cambió todo». Descubrimiento y deslumbramiento

Ahí, con la ida de Galán a la Facultad, que también todos fuimos detrás de él y descubrimos una cantidad de cosas. Por ejemplo, descubrimos la literatura fantástica, con [Enrique] Anderson [Imbert]. Él tenía Introducción a la literatura y después tenía la cátedra de [Literatura] Americana. Y había una cantidad de gente de muy, muy, muy buen nivel que para nosotros fue un deslumbramiento. Veníamos de un secundario mal masticado y de pronto descubrimos toda esa riqueza. Yo me acuerdo el primer cuento de Anderson que leí quedé abriendo la boca. Se llamaba «El leve Pedro», que es lindísimo el cuento. Y entonces claro ahí se nos revolvió todo: poesía y literatura, empezamos a leer los manifiestos de André Breton, toda la vanguardia europea que nos llegaba mal traducida, traducida como sea, pero que llegaba a pedales.

Esa fue la causa digamos de por qué ahondamos en la literatura que fue la Facultad de Filosofía y Letras. Por ejemplo, Anderson tenía una especie de club, que se llamó Scheherezada, al cual íbamos y hablábamos sobre cuento, sobre estructura del cuento, por ejemplo. El club Scheherezada que funda Anderson era proponer argumentos, estructura cuentística. Entonces Anderson lo que hacía era decir Fulano de Tal trató tal estructura en tal cuento, en tal cuento, en tal cuento. Entonces había que buscar una vuelta para no repetir cosas que ya habían sido inventadas como el tabaco o el pan. Entonces, eso nos dio también un sentido de que no había que creer en la inspiración, sino creer en el sentido de las estructuras.

Yo creo que la Facultad cambió todo, porque la Facultad nos hizo leer, leer teoría literaria, aprender qué era el surrealismo, aprender una cantidad de cosas e informar el modelo que pasaba más allá de las fronteras. Ya empezamos a leer Huidobro, Neruda, los poetas franceses, Éluard, Apollinaire, todos los surrealistas, Milosz, etc., etc. Y yo creo que esa fue la característica nuestra, que ya no tomábamos ni como una tarjeta postal, folklórica, la literatura, sino como una cosa muy profunda y muy seria. Creíamos en la seriedad de nuestro trabajo literario. Eso fue dado por la Facultad de Letras [...].

Entonces nos dimos cuenta de que para escribir había que leer mucho, había que ser grandes lectores. Y eso fue lo que nos convirtió en otro tipo de escritores que los escritores que hasta ese momento en Tucumán existían, sobre todo los poetas. Porque en Tucumán escribir poesía era muy fácil. Entonces agarraba uno un día de primavera y hablaba sobre el tarco. Otro día sobre el pastor de la montaña. Nosotros empezamos a hacer una reflexión más profunda, la literatura tuvo un rasgo filosófico, ya aparecía lo onírico, ya apareció la tradición que nos trajeron la generación del 24 española [sic], Alberti, García Lorca, nos enseñaron que había un pasado, un pasado común nuestro. Entonces empezamos a descubrir a Góngora, a Quevedo, a Sor Juana, a todos los grandes poetas del siglo de oro. Y empezamos a hacer otra cosa. Y en prosa pasó lo mismo. Empezamos a descubrir estructuras mucho más complejas que el versito de caramelo.

«Lo que revolvió Tucumán realmente fue la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras»

Lo que revolvió Tucumán realmente fue la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras, porque muchos de los que figuraban como genios quedaron desnudos, se vio que no servían para nada, que eran macaneadores, que vivían de una fama mal adquirida. No, los que quedaron era porque eran realmente buenos como don Alberto Rougés, que era un filósofo en serio. Pero después otros literatos que había, eran macaneadores, con versitos de caramelo. Esos, con la Facultad, sonaron porque se formó realmente una generación de gente que sabía su literatura clásica, universal, contemporánea, todo. Entonces no podían macanear.

La guerra y la «novedad» de ser comunista

Resultado es que nos entró también, junto con todas las novedades, ser comunista. Porque estábamos en plena guerra, y estaban ya ganando los aliados, ya se había producido Stalingrado, ya empezaron a retroceder los alemanes, ya los rusos... Yo me acuerdo una cosa que estábamos esperando que se abriera el segundo frente porque

los rusos soportaban la guerra total, no habían entrado todavía en el... salvo Inglaterra que era bombardeada día y noche por la aviación alemana primero, por los cohetes después... Pero Estados Unidos hasta fines del 41 no entró en la guerra, después de Pearl Harbor sí entró en la guerra y ahí se puso en marcha la maquinaria. Y todos hablábamos del segundo frente, del segundo frente, del segundo frente. Y una noche nos fuimos a dormir, en agosto del 44, nos fuimos a dormir a la 1 de la mañana que este segundo frente no, que estos cagones de los ingleses y los norteamericanos son cuento, no tienen nada, total van a llegar los rusos, los van a hacer pelota a Adolfo Hitler y se acabó la guerra y va a triunfar el comunismo, y etc., etc. Bah, y a las tres de la mañana suena el teléfono en casa y me dicen «Sr., dice el director que vaya porque ha empezado la invasión de Europa»... y me terminé de vestir en el diario. ¡Sacamos tres ediciones! Y ahí vino cuando a Baldrich lo echa Perón, ya la declaración contra Alemania y el Eje, se pelea Baldrich, renuncia, se va y viene otra gente y se acabó el fascismo en Tucumán.

Los títeres y el nacimiento de La Carpa. Las primeras publicaciones del grupo

Junto de eso llegaron dos personajes importantes en La Carpa. Ben Ami, que era pintor y escultor, y Alberto Burnichón que era correo secreto de la cultura porque él era viajante de libros. Correteaba las editoriales de Buenos Aires, visitaba los librerías, levantaba los pedidos, etc. Además en Córdoba él tenía un depósito y de ahí le pedían, le mandaban las reposiciones, etc., etc. Y apareció Víctor Massuh, y apareció Sarita San Martín que era un noviazgo espantoso, de grandes peleas, llanto, y todo lo demás. Bueno, y entonces no sé quién dijo un día, creo que fue Burnichón, tenemos que... Ah, y entonces pasó Javier Villafañe por Tucumán y vino la coqueluche de los títeres y nos hicimos todos titiriteros. Ahora, las cabezas de los títeres las armaba Ben Ami y la ropita la hacían las chicas. Y teníamos un retablito y ahí Galán escribió una obrita de teatro que se llamaba Bambolebí que era una obra pacifista y contra de la guerra. Que se perdió y no sé qué se habrá hecho.

[...] Bueno, entonces, vuelvo otra vez un poquito atrás. Entonces, en el año 42 pensando «¿Qué podemos hacer?» Porque estábamos desesperados porque conocieran ique éramos poetas!, icómo eso iba a quedar solamente entre la intimidad! Y uno propuso: «Mirá, hagamos una cosa: vamos a hacer una carpa como la de circo y vamos a ir por los pueblos y cada uno va a recitar unos poemas. En lugar de hacer pruebas en trapecio, va a haber poesía y vamos a hacer exposiciones de pintura, de escultura, y vamos a leer trozos de la prosa de...». Y entonces, de ahí nació el nombre La Carpa.

Ahora, «¿cómo hacemos? Entonces empecemos con cuadernos». ¡Porque La Carpa nunca se pudo hacer porque no teníamos un mango para comprar la lona y hacer la carpa! Pero el nombre quedó y en el 44 me acuerdo, yo terminé catorce, quince poemas de un librito que le puse nombre Tiempo deseado. Entonces se hizo un libro pero al mismo tiempo había un boletín de información de las actividades de los miembros de La Carpa porque ya surgió el asunto de que Manuel Castilla y Raúl [Galán], Nicandro [Pereyra] ya vivía en Tucumán, pero María Adela [Agudo] vivía en Santiago, [José Fernández] Molina vivía en Jujuy, etc., etc. Ya venían, nos juntábamos, ya se había hecho interprovincial el movimiento.

Ahora, ¿cómo hacíamos porque no teníamos un mango? Éramos pobres, pobres, pobres. Además era pobre el país, porque era un país que no tenía industria, no había heladeras, las heladeras eran de hielo, uno compraba una barra de hielo y la ponía en un cajón que ahí era... No había gas. Mucho después vinieron las heladeras, las cocinas a gas de kerosén, toda una cantidad cosas. No había calefones. Uno tenía que calentar agua y después se bañaba... ¡Por eso se bañaba una vez por semana! Y había que cuidar que el olorcito que... [risas]. Las que más se cuidaban eran las chicas, ¿no?

Bueno, entonces, ¿cómo juntábamos plata? A mí se me ocurrió que hiciéramos unos bonos. Los bonos eran por el precio del libro... ¡futuro! Entonces estaba dividido en dos partes que se cortaba con una línea de puntos. En uno decía el nombre del que compraba el libro futuro, el nombre del libro, y el precio, y en la otra, que quedaba en el talón, también se ponía el nombre del comprador, el nombre del libro y el precio. Y salimos a vender. Vendíamos a los profesores de la Facultad de Letras, a los amigos, a los parientes, Costaba creo que 5 o 10 pesos y cuando tuvimos la plata, no nos alcanzaba para la encuadernación. Entonces dijo Galán: «No, los vamos a encuadernar nosotros». Entonces lo hicimos imprimir en la imprenta El Progreso, de don Antonio Sánchez, que quedaba en la calle San Martín al 800, no sé si existe todavía, que antes se llamaba La Heras. Él nos tiró los pliegos y nos entregó los pliegos para quinientos libros. Entonces en casa, nos reuníamos y en los tiempos libres cosíamos, doblábamos, cosíamos y pegábamos. Y así hicimos los quinientos libros. Y a cada uno que venía con su talonario se le daba el libro. Y así pudimos hacer el primer libro que era el mío y el primer boletín que lo redactó Raúl [Galán]. Nos gustó tanto, tanto que Raúl dijo: «No, vamos a hacer una muestra colectiva». El mismo año. Entonces claro a fines de ese año también empezamos con la venta de bonos. Pero ya el viejo Aparicio de la imprenta La Raza nos da crédito. Ya no teníamos que hacer los bonos para salir a vender sino que salíamos con la mercadería a venderla. Entonces hicimos la muestra colectiva y queríamos que Galán haga el manifiesto. En el cual se dijeron barbaridades como «tenemos conciencia

que la poesía en esta parte del país comienza con nosotros». Eso me parece una barbaridad. Después se arrepintió Galán y dijo que era un «heroico disparate». Pero teníamos una hinchada detrás nuestro, total, total. Yo me acuerdo que era muy jovencito en esa época Tomás Eloy Martínez. Debe haber tenido catorce o quince años y era uno de los hinchas nuestros terrible, terrible.

[...] ¿Sabe que no había tipografía en Tucumán, de calidad? Tuvimos que hacer comprar lotes de Garamond para hacer un trabajo fino en la imprenta de Baaclini, hubo que traer tipografías especiales. Porque todo era comercial. En esa época nosotros soñábamos con lo que se llama el arte negro, que es el arte tipográfico. Me acuerdo que había un maestro en Buenos Aires [...] del cual nosotros leíamos su libro sobre el arte gráfico. Y Galán era uno de los más empeñados en que las cosas salieran con una gran calidad.

Juan H. Figueroa y el segundo cuaderno de La Carpa

Primero, Tiempo deseado. Segundo, Horacio Ponce porque queríamos que no solamente hubiera poesía. Ahora era tan raro... porque el otro día estaba relejendo, quiero hacer una nota sobre Raymond Queneau, es de la segunda ola de surrealistas franceses que escribió después de la segunda guerra mundial sus mejores libros. Nosotros ni conocíamos los autores franceses. Nos parecía esto directamente una genialidad de Juan H. Figueroa, que era un tipo, era profesor de gimnasia, de educación física. Además era compañero en La Unión porque escribía en la sección Deportes. Era cordobés de origen, pero escribía estos disparates que a nosotros nos maravillaban, por ejemplo de los paracaidistas que en lugar de bajar de un avión abrían los paraguas en tierra ¡y se elevaban! Eso era realmente surrealismo, locura, disparate. Nos parecía genial pero no sabíamos que en Europa había una generación que estaba haciendo eso. Toda la parte onírica del surrealismo, los juegos de palabras como los cadáveres exquisitos. Todo eso estaba sin saberlo. Habría que hacer un trabajo sobre Juan H. Figueroa y sobre el Horacio Ponce porque se merece. Es una persona rarísima que, aislado en Tucumán, República Argentina, Sudamérica, lejos de todos los centros de la cultura del mundo, el tipo se adelanta años con sus escritos a una vanguardia que recién empieza en el 48 en Europa a hacer las cosas.

¿Y Ud. sabe que existió Horacio Ponce? ¡Apareció en La Gaceta! Resulta que nosotros teníamos un colega de La Gaceta, no de La Unión porque éramos rivales, que iba a las estaciones, sacaba información y se la guardaba. Un muchacho Aredes de apellido, Pinky. Y un día Juan H. Figueroa me dice: «Yo voy a agarrar a éste y le voy a dar una lección, para que no sea tan tacaño». Claro, porque al otro día salía en La

Gaceta: «Llegó el diputado tal, lo entrevistamos...» y a nosotros nos levantaban en peso: «¿Cómo en La Gaceta salía y ustedes no? Entonces un día estábamos en la estación y llega Pinky haciéndose el idiota: «Dígame, ¿usted tiene alguna noticia del Panamericano, quién ha venido en El Panamericano?» Y dice Juan H. Figueroa: «Sí, ha venido Horacio Ponce». «¿Y quién es Horacio Ponce? Y empieza a hacerle una biografía... Y al día siguiente salió en La Gaceta: «Llegó Horacio Ponce, va a dar conferencias, y todo lo demás...» Casi lo echan de La Gaceta. Pero publicar en La Gaceta, existís.

Otras publicaciones colectivas. Alfredo Coviello y la revista *Sustancia*

Mire, el problema de Coviello era un problema generacional. Coviello, como era una gran autoridad acá e hizo una obra inmensa en Tucumán con el grupo Septentrión y la revista Sustancia... Yo no lo conocí porque cuando yo entré en La Gaceta en el 44, a fines del 44, como ayudante de archivo, ya había muerto Coviello. Ya estaba al frente este muchacho Arturo Ponsati Córdoba, el padre del otro Ponsati que ha muerto también hace poco. Todos se han muerto... Resulta que... Pero la revista Sustancia tenía una cosa que era un academismo muy grande para nosotros, porque escribían los figurones de América latina. Pero nosotros despreciábamos eso porque nosotros éramos la vanguardia, éramos la poesía nueva, nosotros íbamos adelante, teníamos la verdad y éramos unos insolentes. Entonces había una ruptura generacional con Coviello. Después, más tarde, nos dimos cuenta que el hombre había hecho una tarea impresionante, impresionante... porque él hizo eso de su propio bolsillo, salvo la composición, que la hacía en La Gaceta, con los linotipos de plomo y la mandaba a la imprenta La Raza y ahí se imprimían, se cosían y todo lo demás. Después vienen los suscriptores y todo lo demás pero... Con él no hubo, en primer lugar, por razones... él muere, tuvo una larga enfermedad. Cuando nosotros llegamos primero estábamos en La Unión y cuando yo paso a La Gaceta ya no estaba Coviello. Generacionalmente no hubo ninguna relación. Sí hubo relación con la generación anterior a la nuestra, con [Ricardo] Chirre Danós, Antonio Torres, el médico, el loco Torres. Todos ellos sí. Algunos que estaban con un pie en [Ricardo] Jaimes Freyre y con otro pie en Coviello. Esa generación intermedia, de poetas, ensayistas...

[...] Un poco se enojaba Gustavo Bravo Figueroa porque como él era de otra generación, él creía en los viejos poetas, en don Antonio Torres, en toda la generación, digamos, del modernismo. En cambio nosotros tirábamos piedras contra esa generación: por el folklorismo y por la superficialidad. La coloratura era más importante que la esencia para ellos.

La revista *Cántico* y sus colaboradores: Guillermo Orce Remis y Leda Valladares

Bueno, pero nosotros no pertenecemos a esa generación [de Cántico]. Esa generación es directamente de la Facultad, encabezada por Leda Valladares y por otra gente de afuera de Tucumán, como por ejemplo [Alfonso] Sola González, de La casa muerta, etc. Lástima que salieron tan pocos números.

[...] Yo era amigo de [Guillermo] Orce Remis desde el comienzo. El no integró La Carpa porque él era muy individualista, no quería juntarse con el montón. No, era un tipo muy raro el pobre Coco Orce. El primer libro que hizo él, Indecisa luz, yo lo ayudé. Yo mandé los originales a la imprenta, yo lo diagramé, busqué una ilustración de [José] Nieto Palacios, hice todas las cosas, y se publicó, primer libro. Lástima que... después al poco tiempo ya se fue a vivir a Buenos Aires. Se murió la madre de cáncer a la cara. Por eso un chico muy neurótico era.

[...] Yo he sido muy amigo de ella [Leda Valladares]. Porque viene la amistad de mi padre. El padre de Leda era poeta, se llamaba Delfín Valladares y era escribano mayor de gobierno y publicó en una época en que mi padre era tesorero del Banco Nación, en los años 26, 27, un libro que se llamaba Vendimias del Ensueño, el único libro que publicó. Todo muy, muy modernista. Se me perdió ese libro. Y éramos muy amigos de chicos con Leda porque yo en esa época cuando tenía 7, 8 años declamaba. Mi mamá me enseñaba. Yo antes de saber leer y escribir aprendía versos de la boca de mi mamá. Me enseñaba esos tremebundos neorrománticos españoles como [...] como Campoamor, unos terribles, espantosos, versos, yo los memorizaba. Por eso tengo buena memoria porque desde chiquito me ejercitaba la memoria. Yo me acuerdo que había un verso que se llamaba... [...] unas cosas tétricas, siniestras. Como el verso de Espronceda.... [...]. Era terrible, terrible, todo eso me lo aprendía yo de memoria, como aprendía Lugones, los Romances del Río Seco, los pajaritos, el hornero.

Galán y el proyecto de un suplemento literario en *La Gaceta*

Hubo una tentativa de hacer un suplemento en el 44, 45, sí, 45, con el nuevo director de La Gaceta que era [Arturo] Ponsati Córdoba. Y lo llamó a Galán. Y Galán diagramó una página parecida a la que había salido en La Unión. Yo me acuerdo que había un cuento de Sarita San Martín, una poesía no me acuerdo de quién, etc., etc. Fue casi un número cero, pero vinieron las elecciones del 46, ganó Perón y como La Gaceta había sido antiperonista, empezó la venganza del peronismo con La Gaceta. Casi lo funden, por el papel, nos quitó papel, porque en esa época la importación la

manejaba el Ministerio de economía y adjudicaba a los diarios, papel. Los diarios que eran «contreras», como decían ellos, tenían que cerrar. La Gaceta estuvo saliendo un año con cuatro páginas, los domingos seis páginas, con un cuerpo 6 chiquitito que había que leer con lupa. No se podía leer. Y, entonces cómo se arregló la cosa después lentamente, nos fueron dando un poco más papel y ahí se fundó en el 49 la página literaria. Primero fue una columna de media página. Antes parece que había notas muy lindas en la época de Coviello en La Gaceta, aparte de Sustancia. Pero con la muerte de él, desapareció. La trató de refundar Ponsati pero vino el maremágnum político de este país tan raro y se terminó.

REFERENCIAS

- Ardiles Gray, Julio (1985). «Pelea de militares». *La Tarde*. Tucumán, 16 de octubre.
- (2004). «Las facultades que yo conocí. Alumnos regulares, libres «merodeadores» y «oyentes»». *El viejo Tucumán en la memoria, XI*. Tucumán: Ediciones del Rectorado, Universidad Nacional de Tucumán, pp. 17-20.
- Cohen de Chervonagura, Elisa (1997). *El lenguaje de la prensa. Tucumán: 1900-1950*. Buenos Aires: Edicial.
- Martínez Zuccardi, Soledad (2009). «Julio Ardiles Gray en los años de La Carpa». «La Gaceta Literaria». *La Gaceta*. Tucumán, 13 de septiembre.
- (2012). *En busca de un campo cultural propio. Literatura, vida intelectual y revistas culturales en Tucumán (1904-1944)*. Buenos Aires: Corregidor.
- Massuh, Víctor (2004). «Mis recuerdos de estudiante en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT (1943-1950)». *El viejo Tucumán en la memoria, XI*. Tucumán: Ediciones del Rectorado, Universidad Nacional de Tucumán, pp. 11-14.
- Risco, Ana María (2009). *Comunicar literatura, comunicar cultura. Variaciones en la conformación de la Página Literaria del diario La Gaceta de Tucumán entre 1956 y 1962*. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.
- Stefani, Gabriela (2013). «Democracia y Reforma Universitaria en el artículo editorial del diario *La Unión* (Tucumán, 1942-1944)». Tesina de Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.